

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XVIII

Marzo de 1941

Núm. 189

<https://doi.org/10.29393/At189-1PVRA10001>

Puntos de vista

IV Centenario de Santiago

Las ciudades americanas crecieron como campamentos de guerra en medio de un paisaje de alto esplendor o bien en medio de desoladas y hostiles llanuras. Los conquistadores buscaron en su írea la defensa contra los riesgos de las acometidas del aborígen y contra el no menos terrible asalto de los corsarios que merodearon, apenas América comenzó a tener conciencia de sí misma, en sus dilatadas e inermes costas marítimas.

Santiago extendió su línea, casi infantil, entre los cerros que ceñían su amontonamiento de chozas de barro y paja. Apenas había sido fundada y cuando sus habitantes se disponían al trabajo un asalto de los indios la borró de sobre el haz del valle en que empezaba a aglutinarse. Se rehizo, sin embargo, porque la voluntad de los recios capitanes que la modelaron estaba en tensión y era macerada en el duro y constante sacrificio. Tornó a erigir sus casas humildes y tendió de nuevo sus vías polvorientas. El arbolado cubría, hosco y rapaz, los pequeños claros que habían sido abiertos casi a golpes de espada. En el contorno acechaban siempre los grupos hostiles, las hordas aullantes que habían jurado muerte y destrucción a los intrusos.

El asiento estaba entre dos brazos de río. Un río por entonces altanero como el alma indómita y áspero en su rezongo bajaba en un fragoso arrastrar de guijas y piedras, arrancaba árbol entre las orillas del mont por donde se arrastraba veloz y so-

berbio e iba a partirse en dos, como un cuerpo voluntarioso en la base misma del cerro Huelén. Todo el contorno era de maravillosa serenidad, pero escondía en sus faldeos, o en sus hondonadas, o en el perfil cubierto de grandes árboles, de sus cerros, la asechanza mortal. La lejana tierra de Chile, estaba por entonces abandonada a su suerte y era, como lo ha sido después por mucho tiempo, el sitio de más difícil acceso para los viajeros.

La tierra era fértil y cálida, a pesar de estar extendida en el último tramo que lleva a las regiones heladas del sur. Las mañanas de la fundación eran limpias y transparentes y «los soles» según el fundador, lucían su esplendor reconfortante. Pero la vecindad del otoño cubría los valles con neblinas espesas y fantasmales. Las puntas de los cerros más altos se veían arrebuajadas en sus gasas grises.

No hubo sino humildad arquitectónica y fortaleza de ánimo en los habitantes. El tiempo diseñaba sus calles y abría una plaza que fué como el ágora de la nación apenas formada. Allí estaba el cabildo, la prisión, el cuartel, el "rollo"... Un cuadrado hecho no para la meditación, sino para el ímpetu. Más tarde se levantaría allí, en uno de sus costados, una iglesia. Y andando el tiempo, cubrirían sus avenidas trazadas con garbo, los árboles sombríos. Pero era fácil comprender que se modelaba lentamente el espíritu bravío de la ciudad, en la permanente acechanza y luego en el clamor de la soldadesca que regresaba con las armas tintas en sangre después de batallar en los bosques o en la orilla de los ríos. El aborigen había sido desplazado hacia el interior del territorio. No volvería a lanzar nunca más sus huestes aullantes ni se acercaría tampoco, sino en trance de esclavitud, hasta sus calles pacíficas.

Un camino se vaciaba hacia las regiones norteñas o hasta el puerto de recogida de las naves que venían de la metrópoli, con las leyes, y con los capitanes y gobernadores, y otra larga y accidentada y difícil senda atravesaba los valles y las quebradas, hacia el sur, oscilando entre los peligros de los bosques, o por entre las gargantas pobladas de rumores ambiguos. La ciudad estaba aprisionada entre estos dos caminos y forcejeaba por desprenderse de su doble

influencia. Muchos días la ciudad quedaba desguarnecida de soldados y sólo a merced de los juristas que ya habían empezado a moverse la guerra intestina; la guerrilla de la soberbia y del desmedro.

El tiempo deslizaba su silencio y su vaciedad de propósitos. Monjes y soldados, cabildantes y vecinos de prosapia se reunían en el cuadrilátero del «agora», junto a las casas de ejecutoria. Y allí disputaban o movían guerra a los adversarios.

Las pobladas dispersas apenas si se dejaban oír. Eran almas sórdidas que no tenían voluntad, porque la voluntad estaba en los señores engolados, o en los capitanes soberbios, o en los monjes y juristas que aplicaban las leyes indianas, conforme a la voluntad de la Majestad Real o conforme a la voluntad omnisciente de los monjes que eran también como soldados vestidos con paramentos sacerdotales.

Cruz, espada e infolios representaban el alma de las ciudades recién edificadas en la tierra virgen de América.

No hubo liviandad arquitectónica sino pesadumbre de adobes, Caserones inmensos comenzaron a surgir en todas partes y la tierra limpiada de malezas dejó en las calzadas los claros de los huertos. Era otra fisonomía. Por encima de las tapias, un siglo más tarde, caían hacia las calles apagadas de rumores, los racimos de frutas, en la primavera y los gajos de flores que recreaban de gozosa voluptuosidad el alma de los pobladores. Las calzadas estaban abiertas en su centro por las acequias que arrastraban el agua de los riegos. Se oían campanas en el atardecer y en el alba tranquila. Algunos carruajes cruzaban sus calles y a veces se oían redobles de tambores y agudos alientos de pífanos y trompetas.

Surgían damas alegres y damas severas. Hombres de negocios y petimetres que ya se burlaban del tiempo en las aceras que caían a la Plaza de Armas.

En fin la ciudad crecía y extendía sus barriadas y ensanchaba el prestigio de su señorío. Pero creció como todas las ciudades

hispanoamericanas en el monstruoso volumen absorbente de la vitalidad provinciana. Mientras en la ciudad se acumulaba todo el poder, toda la riqueza, toda la elegancia, toda la influencia de los grandes señores, las provincias quedaban entregadas a su propia suerte. Eran tributarias de la capital y la capital extendía hacia ellas sus leyes y sus dominios, pero los sitios alejados, los pueblos que crecían en la linde de los bosques o en los extremos del territorio, debían valerse de sus propios medios para ensanchar su espíritu.

La capital transformaba sus barriadas, levantaba palacios y monumentos, embellecía sus plazas y alamedas, recogía lo mejor del espíritu de la nación y congregaba en sus institutos y en sus agrupaciones políticas toda la fuerza y todo el poder. Alguna vez en la historia, algunas regiones del país quisieron ser las dueñas del destino y aspiraron a mandar en los juristas y políticos de la capital. Venció ésta sobre aquéllas y la unidad quedó sellada a despecho de las levantiscas arrogancias de los provincianos.

El IV Centenario de Santiago ha dado ocasión para que se remoce la historia del país ceñida, por imperioso mandato, a la historia misma de la capital. Santiago concentra en la actualidad todo el encanto de una ciudad de gran movimiento y todo el poder de una vasta población encerrada en su área que crece cada año. Desde el año de la fundación hasta hoy ella ha visto acontecimientos trágicos y prósperos, pero nunca ha perdido la línea de su carácter. Conserva, sin embargo, algo del espíritu colonial mezclado al vertiginoso crecimiento material de sus poblaciones y de sus barrios modernizados.

Los viajeros que a ella llegan experimentan la sugestión de sus paisajes, la belleza de sus rincones, el modernizamiento de sus edificios, el esplendor de sus cerros que la rodean y la abrazan como para defenderla de la vorágine que viene del exterior, en un martilleo incesante de transformación de su espíritu y de sus nobles y tradicionales excelencias.